

La fe: puerta que enriquece y cuestiona las circunstancias¹

Faith: Door that Enriches
and Questions the Circumstances

JOSÉ RAÚL RAMÍREZ VALENCIA

Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Decano de la Facultad de Teología y Humanidades. Pertenece al grupo de investigación humanitas de la Universidad Católica de Oriente, Rionegro, Antioquia, Colombia. Contacto: jotaraulramirez@gmail.com

Recibido: 22 de enero de 2013 | **Aprobado:** 25 de mayo de 2013

Resumen

El artículo analiza diferentes aspectos que tienen que ver con la realidad de la fe; además, ahonda en la necesidad de presentar una fe auténtica que cuestione y enriquezca las circunstancias del creyente. El escrito también hace referencia a algunos autores que en cierto sentido han matado la idea de Dios, pero no al Dios de la fe.

Palabras clave: Religión, iglesia, ateísmo, fe, creencias.

¹ Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Licenciado en Filosofía y Educación Religiosa. Miembro del grupo de investigación Kenosis. Este producto hace parte del proyecto de investigación "Incidencia de la homilía en algunos municipios del Oriente antioqueño". Docente titular de la Universidad Católica de Oriente. Correo: jotaraulramirez@gmail.com

Abstract

The paper analyzes different aspects that are related with the reality of faith, furthermore goes inside the necessity of expressing and authentic faith that may question and enrich the circumstances of the believer. The writing also refers to some authors that in some sense have killed the idea of God, but no the faith's God.

Keywords: Year of Faith, Church, Circumstances, God, atheist.

En un tiempo en que Dios se ha vuelto para muchos el gran desconocido, y Jesús sólo un gran personaje del pasado, no habrá relanzamiento de la acción misionera sin la renovación de la calidad de la nuestra fe y de nuestra oración; no seremos capaces de dar respuestas adecuadas sin una nueva acogida del don de la Gracia; no sabremos conquistar a los hombres para el evangelio a no ser que nosotros mismos seamos los primeros en volver a una profunda experiencia de Dios.

Benedicto XVI. A la asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana. 24 de mayo 2012.

Introducción

La idea principal de este artículo está sustentada en la necesidad de una auténtica fe que dinamice, cuestione y enriquezca las circunstancias a través del acto de fe y los contenidos de la fe. Demasiado se ha hablado de crisis de la Iglesia, realidad que comienza por la crisis de fe que vivimos sus miembros. Situación que está sustentada en la idea o en la concepción desfigurada de Dios en muchos casos, lo cual trae como consecuencia la ruptura entre fe-existencia; una tarea del cristiano de fe ha de ser el de presentar al Dios auténtico de la revelación que se manifiesta en la historia cotidiana. El trabajo contempla cuatro puntos: la coyuntura histórica por el cual se convoca a un año de fe, a la vez se entra a analizar el acto de fe y los contenidos de la fe, sin los cuales es imposible hacer una reflexión en cuanto la vivencia de la fe y las exigencias de la misma. Luego se presenta la fe como una puerta que posibilita la entrada a la Iglesia, pero a la vez purifica, cuestiona, renueva y permite la identidad del bautizado como constitutivo indispensable para el diálogo con otras religiones; al final se hace alusión a la importancia de una fe verdadera que permita superar las distintas dicotomías: fe-obras, fe-misión, fe-razón; sólo superando estas divisiones se podrá percibir la fe como un valor que en vez de debilitar la sociedad la hace más profunda y más humana.

Coyuntura histórica

El año de la fe fue propuesto por el papa emérito Benedicto XVI como conmemoración de los 50 años del Concilio Vaticano II y los 20 años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica. Estos acontecimientos han sido fundamentales, porque han reflexionado profundamente acerca de la doctrina de la fe y de la relación con el mundo. Así mismo se ha desarrollado el Sínodo de los obispos, bajo el tema: *La nueva evangelización para la transmisión de la fe*

cristiana. Con estos tres acontecimientos, la Iglesia busca dialogar e iluminar el mundo por medio de la fe.

Un año de la fe donde hay fuerte turbulencia dentro y fuera de la Iglesia. Estamos siendo testigos de un cambio de época y no simplemente una época de cambio. Todo cambio produce crisis y toda crisis suscita nuevos paradigmas. Algunos sectores de la Iglesia consideran que el Concilio Vaticano II está sin estrenar; por tanto, es el momento oportuno de evaluar la eficacia y la acogida de este documento eclesial. La pregunta esencial para cada Iglesia particular ha de ser esta: ¿cómo ha sido la recepción del Concilio Vaticano II? ¿Hemos sido capaces de superar las nostalgias preconciliares y las lecturas posconciliares reductivistas? En palabras de Benedicto: frente a una hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura, proponer una hermenéutica de la continuidad y de la reforma y, así, proteger la tradición eclesial.

Un buen grupo de pensadores consideran el Concilio Vaticano II como el concilio de la Iglesia, pues “toda su reflexión giró en torno a la Iglesia en doble dimensión: hacia dentro en cuanto misterio y hacia afuera, en cuanto que plantea cuestiones profundas, delicadas y decisivas para el futuro de la humanidad, como son las referentes a la vida humana, a la justicia social, a la paz internacional, a la guerra...” (Múnera, 2005, p. 417). En fin un Concilio que interpeló al mundo y a la Iglesia.

Acto de fe y contenidos de la fe

El cristiano no cree en verdades abstractas sin ningún compromiso o adhesión personal; cree en Alguien, no en algo. Al respecto dice el Benedicto XVI:

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. (D.C. n. 1). Cuando se habla de la fe hay que hacer referencia a los contenidos de la fe y al acto de la fe, dado que la fe no son meras creencias subjetivas, ni meras cuestiones especulativas, ni tampoco teorías sin ningún compromiso personal; la fe exige siempre “la unidad profunda entre el acto personal con el cual se cree y los contenidos de la fe” (Benedicto XVI, 2011a, p.10).

Esto nos indica las verdades reveladas por Dios para nuestra salvación; cuando hay oposición en estos dos aspectos, no es posible hablar de una fe madura. El acto de fe sin los contenidos de la fe es pura subjetividad y sentimentalismo; los contenidos, sin el acto voluntario de adhesión, no son más

que ideas que instruyen nuestra mente, pero no orientan hacia el Dios de la revelación, ni son capaces de transformar nuestra vida.

Creer es un acto auténticamente humano

El ser humano es inteligencia y voluntad, por ello, el acto de fe implica la adhesión libre de la persona. La fe, por tanto, no es imposición, ni manipulación mental, ni mucho menos adoctrinamiento sino aceptación y adhesión libre de la persona.

José Ortega y Gasset (1934, p. 75) dice: "que es propiamente humano en mí lo que pienso, quiero, siento y ejecuto ... siendo yo *el sujeto creador de ello...* Por tanto, sólo es humano mi pensar si pienso algo por mi propia cuenta, percatándome de lo que significa. Sólo es humano lo que al hacerlo lo hago porque tiene para mí un sentido, es decir lo que entiendo". Desde este punto de vista, la fe es posible concebirla como un don que se recibe, piensa y se reflexiona libremente, además de ser querida por la voluntad; estos dos elementos hacen que la fe sea aceptada y recreada por el sujeto que la asume dándole significado y sentido a la vida; por ello, la fe es un acto humano que enriquece las circunstancias.

La fe es con-vocación

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma que "la fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela. Pero la fe no es un acto aislado. Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como nadie se ha dado la vida a sí mismo. El creyente ha recibido la fe de otro, debe transmitirla a otro" (n. 166).

A partir de esta definición es importante profundizar en estos aspectos: La fe es un don. Es más grande dar que recibir, pero tanto el dar como el aceptar-asumir son inagotables, Dios es el dador de la fe y el ser humano es quien tiene que aceptar-asumir el don; por tanto, aquí aparece la lógica del don: al aceptar-asumir el don de la fe, me convierto en un ser abierto al don, pero también en un ser que abro el don a los demás, la fe se fortalece acogiéndola y dándola. Desde esta perspectiva se entiende que todo bautizado ha sido convocado a la experiencia de la fe, pero también llamado a ser testigo-misionero-responsable del don de la fe. Es importante anotar que entre el dar y el aceptar siempre media la libertad; por ello, la fe es una respuesta libre a la revelación de Dios.

Los contenidos de la fe impiden los relativismos de la fe

Expresiones como estas se escuchan a diario: "lo importante es creer", "es la fe de la gente". Estas dos expresiones dan razón que se puede caer en un *re-*

lativismo de la fe, solo importa creer, no interesan los contenidos de la fe. Los contenidos de la fe son esenciales para no terminar “creyendo” en un “dios” subjetivo, que está a merced de gustos y caprichos personales. No son pocas las referencias de sicarios y personas que dicen tener mucha fe en “dios”, que cuando están planeando o van a cometer algún asesinato o una fechoría imploran la ayuda divina. Cuando uno cree, es necesario luchar en todo momento para no convertir a “dios” en un pequeño ídolo personal.

Este relativismo de la fe sólo se logra superar cuando se tiene claro el contenido de la fe. Preguntas como estas han de estar siempre en la mente de todo cristiano: ¿Quién es Dios? ¿Cómo actúa Dios? ¿Cuál es su voluntad? ¿Qué quiere Dios de mí? Estos cuatro interrogantes: su esencia, su hacer, su querer y su exigencia-petición, enmarcan claramente la objetividad de la fe, por encima de subjetividades al momento de pensar en la relación con el Dios trascendente. Son estos cuatro interrogantes y estas cuatro respuestas las que mejor orientan y clarifican los contenidos de la fe.

Donde crece el peligro crece también la salvación

La crisis de fe es la expresión dramática de una crisis antropológica que ha deLa crisis de fe es la expresión dramática de una crisis antropológica, según Benedicto, que ha dejado al ser humano abandonado y confundido, al capricho de fuerzas de las que él mismo ni siquiera conoce ni ha podido descifrar con su sola razón. Autores como Nietzsche, Freud, Marx y Sartre han propugnado un humanismo sin Dios. “Dios ha muerto”, “Si Dios existe yo no soy libre, y si yo soy libre Dios no existe”, “la religión es el opio del pueblo”, “Dios es el producto de una neurosis colectiva.” Estos pensadores, por medio de su concepción antropológica, han dejado al ser humano sin horizonte como bien lo expresó el papa Pablo VI en su encíclica *Populorum progressio*: “el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero al fin y al cabo, sin Dios no puede menos que organizarla contra el hombre.” (n. 42) Situación esta que ha llevado al ser humano a vivir con una perenne nostalgia de lo divino. Martín Buber (2003, p. 34) de una manera puntual, lo expresó al afirmar que “el eclipse de Dios ocasiona el eclipse del hombre”. Según Benedicto XVI (2011, p. 3): “Sólo quien conoce a Dios conoce al hombre, sin el conocimiento de Dios el hombre se hace manipulable”.

Nietzsche y los otros filósofos no buscaron matar a Dios, sino la idea que se tenía de Dios o la manera como se estaba presentando “la fe”. Los tiempos de crisis de fe, los tiempos de indiferencia religiosa no se deben únicamente a la falta de fe: obedecen a la forma limitada e inadecuada en que se está proponiendo y viviendo la fe. Esta realidad suscita un análisis bien concienzudo: ¿qué tipo de fe estamos presentando o alimentando en la gente? Ahora bien, si hablamos de crisis de fe hay que buscar la causa en la misma forma de vivir y de presentar la fe al mundo. El papa Benedicto XVI, en su momento, hacía

referencia indirectamente a esta situación al afirmar que “los grandes enemigos de la Iglesia no están fuera, se encuentran dentro”².

Hölderlin, el poeta del Romanticismo, leyendo con gran intuición la situación en la cual se encontraba la sociedad, lo manifestó con estas palabras, expresiones que hace propias el literato colombiano William Ospina (2012, p. 28): “En nuestras virtudes también está la fuente de nuestros defectos”. Y más adelante señala: “Allí donde crece el peligro crece también la salvación, donde crecen la fortalezas crecen también las debilidades”. No le tengamos miedo a la crisis, al mundo secular y pos-secular que interpela la fe; hay que temerle más al desconocimiento de la situación. Ya Ortega y Gasset (1993, p. 93) lo decía: “No sabemos lo que nos pasa, y esto es precisamente lo que nos pasa, no saber lo que nos pasa”. Los problemas no se solucionan evadiéndolos, sino afrontándolos. Los tiempos convulsionados son los mejores, porque son los que llaman a la renovación de la Iglesia; y si es en la cultura de la fe donde surge el peligro, es en la propuesta de una auténtica fe donde ha de brotar la salvación.

La fe: una puerta para mirarnos dentro de la Iglesia

En este mundo de gran pluralidad religiosa y cultural, donde la libertad de expresión es el máximo valor y todo el mundo cree tener la autoridad o la osadía de opinar de todos los temas, no son pocas las personas que van en contra de la fe o de la Iglesia sin conocerla o sin nunca haber estado dentro de ella. Por ello, es necesario invitar a los no creyentes a entrar en el mundo de la fe para verla desde dentro y no criticarla sólo desde fuera. El papa Benedicto XVI con gran agudeza de pensamiento lo manifestó:

Quisiera llamar vuestra atención sobre algunos aspectos de esta bellísima estructura... El primer aspecto se refiere a los ventanales con vidrieras historiadas que inundan el ambiente interior con una luz mística. Vistos desde fuera, estos ventanales parecen oscuros, recargados y hasta lúgubres. Pero cuando se entra en el templo, de improviso toman vida; al reflejar la luz que las atraviesa revelan todo su esplendor... Solamente desde dentro, desde la experiencia de fe y de vida eclesial, es como vemos a la Iglesia tal como es verdaderamente: llena de gracia, esplendorosa por su belleza, adornada por múltiples dones del Espíritu (Benedicto XVI, 2008, p. 2).

2 Entrevista durante el viaje a Portugal, 12 de mayo 2010

Lo anterior da pie para invitar a los críticos de la fe a que conozcan y se apropien de la fe antes de especular o hacer cualquier crítica despectiva. La fe cristiana exige experiencia, solo desde el conocimiento se puedan hacer los juicios y las críticas. Así como no se ama lo que no se conoce, tampoco se puede criticar lo que no se conoce; la ignorancia es atrevida.

Y más adelante, en el mismo texto el papa enfatiza:

No es un cometido fácil en un mundo que es propenso a mirar “desde fuera” a la Iglesia, igual que a aquellos ventanales: un mundo que siente profundamente una necesidad espiritual, pero que encuentra difícil “entrar en el” misterio de la Iglesia. También para algunos de nosotros, desde dentro, la luz de la fe puede amortiguarse por la rutina y el esplendor de la Iglesia puede ofuscarse por los pecados y las debilidades de sus miembros. La ofuscación puede originarse por los obstáculos encontrados en una sociedad que, a veces, parece haber olvidado a Dios e irritarse ante las exigencias más elementales de la moral cristiana. (Benedicto XVI, 2008, p. 4).

La fe: Una puerta que abre muchas puertas más

La fe no solo es una puerta que abre muchas más: también interroga las que están abiertas. Ante una sociedad pesimista y en decadencia, pero a la vez abierta con respecto a los valores, donde se han vaticinado tantos problemas económicos, sociales, ecológicos y nucleares, la fe aparece como un signo de esperanza. Desde unas perspectivas se presenta la cara oscura de la sociedad, pero desde otras se abren nuevos horizontes: la sensibilidad por los derechos humanos, el diálogo ecuménico e interreligioso, la apuesta por un desarrollo humano integral que reconoce la vocación trascendente del ser humano. En este ámbito, la fe está llamada a llevar al ser humano al encuentro con la belleza, la verdad y el bien, como los trascendentales que le dan sentido y plenitud a la existencia humana.

La fe como puerta nos introduce a una nueva realidad, a una nueva civilización. Este es el escenario propicio para hablar de un estado de misión permanente, lo que implica un replanteamiento concienzudo y responsable de la acción pastoral que venimos realizando. La misión debe tener como telón de fondo la concepción de la fe, como “encuentro personal con una persona”: Jesucristo; no con una idea, ni con una tradición, ni con un esquema de hacer pastoral. Los grandes relativismos de la fe conducen a grandes relativismos en el orden de la pastoral. La fe debe interpelar, dinamizar y purificar todas facetas del ser humano: solo así podremos hablar del advenimiento de una cultura de la cultura y, de paso, proponer una nueva cultura que involucre y envuelva la misma la fe.

Una puerta entreabierta: Crisis de fe. ¿Ateos de qué Dios?

Benedicto XVI, dirigiéndose a la población de Calabria antes de ingresar a la Cartuja, dijo: "A veces el clima que respiramos en nuestras sociedades no es salubre: está contaminado por una mentalidad que no es cristiana, y que tampoco es humana, porque está dominada por intereses económicos, preocupada únicamente por las cosas terrenas y privada de una dimensión espiritual" (Benedicto XVI, 2011b.). Por su parte, Rino Fisichella³ expresó: la tesis de vivir en el mundo *etsi Deus non daretur*, "como si Dios no existiera." Sin embargo, al suprimir a Dios, el hombre contemporáneo se ha perdido a sí mismo. El deseo de buscar el rostro de Dios, que desde siempre caracteriza el anhelo más profundo del corazón humano, se ha hecho cada día más flébil y el distanciamiento de Dios más vistoso" (2012, p. 37). Estas dos citas dan razón de una cultura que le ha dado la espalda a lo trascendente, dejándose absorber solo por el bienestar material.

El no reconocimiento de lo trascendente está llevando al ser humano a involucionar, a padecer una mutación antropológica, a vivir solo de lo externo sin ninguna relación con lo espiritual. Es aquí donde la fe juega un papel importante como valor humanizante, pues recupera la esencia del ser humano, su posibilidad de relacionarse con Dios. No se puede perder de vista que en esta cultura la pregunta por Dios aparece innecesaria.

Dentro de las reflexiones que debemos hacer con respecto al diálogo con el mundo contemporáneo han de estar estos interrogantes: ¿qué aporta la fe a la felicidad del ser humano? ¿La fe es una proyección de la incapacidad del ser humano? ¿Será que el ser humano proyecta en Dios su frustración e incapacidad? ¿Será que la experiencia de la fe sí cuestiona esta dialéctica cultural: trabajar, producir y consumir? ¿Sí tiene sentido volver a plantear la pregunta por Dios en el atrio de los gentiles, lugar donde Dios es el gran desconocido, como san Pablo lo hizo en el areópago de Atenas? (Hch 17, 16-34).

Estos interrogantes son válidos, dado que el incrédulo dentro de su imaginario percibe la fe como una debilidad, un engaño, un virus de la mente si se le mira desde una perspectiva cientista y, en el mejor de los casos, como un añadido o un ápice a su existencia. Desde esta concepción de Dios y desde la ambigüedad de la fe como expresión de diálogo con Dios surge la indiferencia religiosa, el agnosticismo y, por qué no afirmarlo, la frustración religiosa, que en no pocos casos conduce al ateísmo y al resentimiento religioso.

3 Discurso de apertura del Año de la Fe, octubre 9 de 2012.

Este escenario, con estas circunstancias, hace más evidente la crisis de la fe en nuestra sociedad, que se puede traducir como crisis de sentido. Expresiones como: "Dios ha muerto; antes hablaba, ahora calla". "Dios ha muerto, nosotros y ustedes lo hemos matado" (Nietzsche). "Probablemente Dios no exista, deja ya de preocuparte y disfruta la vida". Estos sentires son fiel reflejo de la indisposición y rabia de un buen sector de la sociedad con respecto a la fe, que ven en ella no una posibilidad de liberación, sino más bien de esclavitud.

Este marco teórico-práctico de abordar la fe ha motivado un buen número de personas de diferentes credos, razas y sexos que, sin ninguna timidez (más bien, con cierta soberbia e insolencia) se declarasen ateos. Pareciera que no creer en Dios da un plus, un cierto caché, un aire academicista de persona civilizada. En Colombia, país de profundas convicciones católicas, 16 personalidades explican por qué no creen en Dios, (Manual de Ateología, 2009), entre ellos Héctor Abad Faciolince, quien se declara un ateo manso. Otros más que ven la posición de ser ateos como una cuestión no meramente religiosa, sino una posición política; otros sin ninguna argumentación epistemológica, por puro sentimentalismo, se declaran ateos. Ante esta postura queda el interrogante: ¿ateos de qué Dios?

En este marco, hay que tener en cuenta que la fe católica no es la única. En este mundo global también se han universalizado los otros credos cristianos y las distintas religiones. Ya no hay que estar en la China para ser budista, o habitar en Palestina o Egipto para ser musulmán. Todo esto plantea para la pastoral una revisión y un compromiso tanto académico como práctico, el diálogo interreligioso y ecuménico. Estamos ante una realidad que se torna plural, agnóstica y relativista que cobija también el ámbito de lo religioso.

Una puerta que nos permite entrar a la casa: La Iglesia

Pareciera que en el proyecto de vida personal de muchas personas, Dios no es esencial, y si Dios no es indispensable, mucho menos lo es la Iglesia. Varios sectores de la población no creen en la Iglesia, ni la aceptan; quieren vivir la experiencia de la fe al margen de ella. Hoy se sigue esta dialéctica: Cristo sí, Iglesia no; Cristo no, Dios sí; Dios no, espiritualidad sí; todo es espiritualidad. Si algo caracteriza a esta época es el relativismo, la dictadura de las apetencias del yo. Se vive una moral y una fe a la carta de manera individualista y sin ningún compromiso social-comunitario, ni institucional.

Aparece, también dentro de la Iglesia —y es un fenómeno contradictorio— grupos fundamentalistas, tradicionalistas, que supuestamente *aman y defien-*

den a la Iglesia, pero poco quieren dialogar con el mundo, como el avestruz que solo mira hacia dentro. Esta realidad reclama una experiencia de una fe madura, racional e integral, que dé razón de una Iglesia madre y maestra, donde su acción evangelizadora acoja sin excluir y sin estigmatizar a nadie.

Una puerta que marca la diferencia. ¿Qué significa ser cristiano?

La fe en Dios no significa simplemente que Dios existe, sino poner en él toda nuestra esperanza y confianza. Sin embargo, el problema que hoy tenemos se encuentra en la misma idea de Dios: dime en qué Dios crees y te diré cómo es tu fe.

Nuestra fe es trinitaria: Creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. En la experiencia de la Trinidad está nuestra identidad y riqueza espiritual. Hoy pululan por doquier una cantidad de espiritualidades que se presentan como alternativas a la fe católica. En este maremoto de doctrinas llamativas y extrañas, se hace necesario tener claridad acerca de lo que significa ser cristiano católico. El camino más preciso, contundente y claro para dar respuesta a esta inquietud son los cuatro elementos que expone el Catecismo de la Iglesia Católica, pero no tomándolos aisladamente, sino relacionándolos con la fe: fe-doctrina, fe-moral, fe-culto, fe-oración. La doctrina, el culto, la moral y la oración sin la fe son cuestiones de mero tradicionalismo-convencionalismo que ocasionan relativismos y conducen a perder profundidad a la hora de dar testimonio de la fe.

Esto en definitiva nos conduce a revisar de manera minuciosa la preparación, la catequesis y la forma en que estamos celebrando y asumiendo la integralidad de la fe católica. La cultura favorece o impide la buena vivencia de la fe. En muchas situaciones, los sacramentos se convierten en ritos sociales o ritos mágicos, la oración en complacencia de las apetencias del yo, la moral en una carga de deberes que frustra las aspiraciones del ser humano, y el credo en una ideología alienante. Esto sucede porque detrás de estas prácticas está una oscura, sospechosa y manipuladora concepción de la fe. Por esta razón, el papa Benedicto XVI (2011a, p. 9) presenta un reto para esta celebración: "este Año de la Fe es una oportunidad para redescubrir los contenidos de la fe: celebrada, vivida, profesada y orada".

Una puerta que conduce al habitar nuestro ser

Ante una sociedad fragmentada, dividida y en permanente riesgo, no se puede presentar una fe parcializada, que desconozca algunas dimensiones del ser

humano. La crisis de fe que ha dejado al ser humano abandonado a sí mismo, necesita restituir todas las relaciones: con el otro, con la naturaleza, consigo mismo y con Dios. A una sociedad fragmentada no le podemos ofrecer una fe fragmentada, sólo creer (doctrina), sólo vivir (moral), sólo celebrar (sacramentos), sólo rezar (oraciones). Esto conlleva a una parcialización de la experiencia de fe, a un reduccionismo.

Fragmentar la fe es caer en visiones parcializadas de la vida, como aconteció con la moral, que en una época se redujo a lo sexual descuidando otros aspectos de la vida o una espiritualidad confundida y viciada solo por el rezo, sin ninguna responsabilidad social. "Una síntesis entre cultura y fe no es sola una exigencia de la cultura, sino también de la fe... una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida", como decía el beato Juan Pablo II (1982, p. 3) en el discurso de inauguración del Pontificio Consejo para la Cultura. Por eso, una fe sin incidencia en lo político, ni en lo económico, ni en las relaciones humanas, ni en lo público... es evasiva. Cae en un verticalismo doctrinal sin ninguna referencia a lo horizontal. La fe debe tocar e iluminar las costumbres, la esperanza, la libertad, la sexualidad, la corporeidad, entre otras; por tanto, la fe afecta toda nuestra forma de entender y de vivir la vida.

Una puerta que purifica

La fe no puede ser una cuestión impuesta, ni obligada; tampoco ha de ser un asunto de masas, ni un compromiso meramente de tradición. La transmisión de la fe no reflexionada e individualista ha ocasionado ciertos desaciertos en la evangelización. "La fe ha de ser personal, colectiva, interior y exterior" (Benedicto XVI, 2011a, p. 4): personal, nadie puede creer por nadie; colectiva, no se cree solo, se cree en comunidad, somos convocados con los otros (sólo la fe, siendo personal, no individualista, puede manifestar la auténtica realización de la persona); interior, es desde de lo profundo donde brota el asentimiento a la fe, no se cree para sí solo, ni sólo se cree desde el interior (se podría caer en un inmanentismo). Por eso, la fe ha de ser convicción que se refleja en los actos exteriores. Solo así la fe podrá reanimar, confirmar y purificar los procesos evangelizadores.

Este Año de la Fe, no solo se pide ir hacia aquellas personas indiferentes ante el don de la fe, también directamente pide evaluar las formas en que estamos expresando la fe. Esto conlleva a evaluar con detenimiento las prácticas pastorales. En muchas circunstancias se justifican acciones pastorales aduciendo "es la fe de la gente", por eso no replantear ni evaluar algunas prácticas pastorales, que en el fondo manifiestan desviaciones y reduccionismos antropológicos es infidelidad con la nueva evangelización. Una fe mal entendida o

parcializada ocasiona pesimismo y relativismo. El crecimiento de una fe limpia y profunda conduce a sanear las cicatrices antropológicas que han dejado algunas desviaciones de la fe.

La fe una puerta que oxigena las puertas de la sociedad

El don de la fe

Son varios los teóricos que están reflexionando acerca de la antropología del don, entre ellos el papa Benedicto XVI, en su encíclica *Caritas in Veritate*, al hablar del don en contraposición a la autosuficiencia. Al respecto escribe: "La caridad en la verdad pone al hombre ante la sorprendente realidad del don, la gratuidad. La gratuidad está en su vida de muchas maneras, aunque frecuentemente pasa desapercibida debido a una visión de la existencia que antepone a todo la productividad y la utilidad" (2009, p.53). También el filósofo Jean-Luc Marion, desde la fenomenología, está haciendo referencia a la sobreabundancia del don, el don que no es un intercambio. Ante una cultura autosuficiente, positivista y consumista que cree que todo lo merece, la fe aparece como un don: la fe no se compra. Dios ha querido regalarnos la fe, la fe es una respuesta a un don, no a un mérito. Dios nos ama no porque nosotros seamos buenos; nos ama porque él es bueno. "La fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y de gozo" (Benedicto XVI, 2011a, p. 7). Ante el don de la fe es necesario reconocer que quien se dona es el mismo Dios, que al mismo tiempo el receptor del don ha de transmitirlo gratuitamente y ser siempre agradecido. La vida cristiana comienza a partir de la acción de gracias.

La fe: Una clave hermenéutica

De la realidad se pueden hacer distintas lecturas: económica, científica, psicológica, social... Según el Concilio Vaticano II, "hay que leer los signos de los tiempos, los gozos y las esperanzas, las alegrías y las tristezas de los hombres," (GS n.4), todas estas situaciones leídas con los ojos de la fe se tornan distintas; con los lentes de la fe, vemos lo que otros no ven. Leer y discernir los signos de los tiempos no significa condenarlos, ni aprobarlos, solo descubrir la presencia y el llamado de Dios en ellos. Cuando se hace una lectura de la realidad a partir de la fe las circunstancias son enriquecidas y purificadas. Es importante enfatizar que la fe es para este mundo, no para un mundo suprarreal; hay que

descubrir y leer el entramado cristiano de la sociedad humana. Las semillas del Verbo, como decía san Justino, siguen estando presentes en la realidad, pero hay que descubrirlas para vivirlas con mayor consciencia e intensidad. Tampoco podemos caer en la ingenuidad de creer o aceptar que porque hay mucha conciencia social es porque se está viviendo la fe. Al respecto nos dice el papa Benedicto (2011a, p. 2): “Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto no sólo obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no solo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado”.

Fe y vida pública

“Profesar la fe no es una cuestión privada, implica un testimonio público” (Benedicto, 2011a, p. 10). El cristiano no puede aceptar que el creer sea solo un hecho de carácter individual; debe tener implicaciones u aplicaciones públicas. Las nuevas tendencias de algunas legislaciones abrogan por una fe marginada y refugiada en la sacristía. A los que piensan así hay que invitarlos a una búsqueda de la verdad objetiva que permita entrar en un diálogo racional, pues desde la recta razón se da un encuentro entre las personas; la fe de inmediato llama a la misión. No se entiende una fe encerrada en cuatro paredes, ni mucho menos a título personal. “La fe, precisamente, porque es un acto de libertad, exige la responsabilidad social de lo que se cree” (Benedicto, 2011a, p. 10).

El papa Benedicto en la encíclica *Caritas in veritate* (2009), al referirse a la importancia de la religión en la esfera pública, insiste que cuando se priva a una cultura o la sociedad de la religión se están violando los derechos fundamentales.

La negación del derecho a profesar públicamente la propia religión y a trabajar para que las verdades de la fe inspiren también la vida pública tiene consecuencias negativas sobre el verdadero desarrollo. La exclusión de la religión del ámbito público, así como el fundamentalismo religioso por otro lado, impiden el encuentro entre las personas y su colaboración para el progreso de la humanidad... en el laicismo o fundamentalismo se pierde la posibilidad de un diálogo fecundo y de una provechosa colaboración entre la razón y la fe religiosa (Benedicto XVI, 2009, p. 56).

La fe toca la vida diaria y la necesidad de llevar a Dios a los demás: los indiferentes, los ateos, los tibios. Donde esté el ser humano debe estar la fe: en la política, en la economía, en la ciencia, en los barrios marginales, en los grandes condominios y en los medios de comunicación. Escribía el cardenal Suhard, arzobispo de París en la década de 1990 (citado por Hauerwas, 1998,

p. 38): "Ser testigo no consiste en dedicarse a la propaganda ni en agitar a la gente, sino en ser un misterio viviente. Significa vivir de tal modo que la vida no tendría sentido si Dios no existiera".

La fe y lo social

Llama la atención que sea un sector izquierdista el que esté propugnando y trabajando por los derechos humanos, entre ellos, algunos que se declaran ateos. Esto suscita una reflexión, ¿qué incidencia tiene la fe en la vida social? La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin la fe sería un sentimiento baladí a merced de la duda. Ante los problemas de inequidad, pobreza y explotación, la fe debe inspirar acciones creativas. No se puede entender la doctrina social de la Iglesia al margen de la fe, esto sería un desarrollo sólo sostenible, pero no un desarrollo integral.

"Una fe sin obras está ciega, el que la tiene no debe guardársela para sí. Como los primeros cristianos, tenemos que vivir una fe alegre, atrayente, optimista y de rectificación de nuestras acciones" (Benedicto, 2011a, p. 14). En este sentido hay que presentar a los santos como personas de fe: san Francisco de Asís asumió la pobreza porque fue una persona de fe, Teresa de Calcuta lavó las llagas a tantos leprosos y calmó el hambre de muchos hambrientos por su experiencia de fe, y el beato Juan Pablo II viajó por todo el mundo porque la fe le invitaba constantemente a peregrinar para extender el reino de Dios. Así, todos los santos han asumido el compromiso del evangelio porque han sido personas de fe. La fe se relaciona con las manos (dar) y con los pies (peregrinar). La invitación que Jesús hace es a caminar tras sus huellas.

Una fe razonable

"La fe en el momento actual está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos" (Benedicto, 2011a, p. 12). Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad. Por ello, una actitud racionalista es maligna para la plenitud de la fe, pero también una actitud fideísta le hace mucho daño a la fe. El conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio asentimiento, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia. El diálogo fe-razón, fe-ciencia, fe-cultura hoy más que nunca es imperativo; de lo contrario, se seguirá en la dicotomía cultura y fe, en ese malestar de la cultura que denunció Pablo VI en la exhortación apostólica *Anuncio del Evangelio* de 1975.

En este sentido, es importante señalar cómo personas racionales y grandes teóricos creen profundamente en Dios, tal fue el caso de Albert Einstein, gran físico que no renunció a la fe para expresar sus hallazgos científicos. Comprender las razones por las que se cree no es fácil: exige meditación. San Agustín en su itinerario de fe lo expresa de esta manera: creo para entender, entiendo para creer; y san Anselmo habla de la *operosa fides* y de la *otiosa fides*: la fe que no trata de entender es una fe ociosa. En este sentido, no es justificable la actitud de algunos grupos y personas de sectores de la Iglesia que aducen que quien estudia pierde la fe.

Cuando la fe ignora la razón cae en un fundamentalismo. Cuando la razón olvida la fe cae en un laicismo. Estas dos posturas privan al ser humano de algo que le es propio. La razón necesita ser siempre purificada por la fe, y esto vale también para la razón política, que no debe creerse omnipotente. A su vez, la religión tiene siempre necesidad de ser purificada por la razón para mostrar su auténtico rostro humano. La ruptura de este diálogo comporta un coste muy gravoso para el desarrollo de la humanidad (Benedicto XVI, 2009, p. 56).

Las minorías creativas

La época en que el emperador Constantino quiso que todo el Estado romano fuera cristiano ya pasó. La fe no es una cuestión cultural o ambiental; hoy en día la fe no es noticia. En el escenario del cristianismo van apareciendo cristianos sin ningún arraigo y, en el peor de los casos, cristianos vergonzantes. Por eso, se hace necesario cada día apostarle a las minorías creativas, solo así la fe será noticia y atractiva.

El mismo Benedicto XVI propuso que nosotros como Iglesia nos comprendamos como minoría creativa, tal como lo expresó en una entrevista dada en el viaje hacia República Checa, dado el pequeño número de cristianos. Esta expresión nace del historiador británico Arnold Toynbee,⁴ quien afirma que el surgimiento y caída de las grandes civilizaciones estables se originan por pequeñas minorías creativas. Las masas nunca han sido creadoras de cambios, los cambios han sido el resultado de unos pocos creativos. Las minorías creativas surgen por el esquema reto-respuesta, pasan de lo estático a lo dinámico, emprenden un movimiento de renovación y de regreso. Son las minorías creativas las que determinan la sociedad. Si queremos ser contundentes en la evangelización, hay que apostarle a las minorías creativas.

4 Arnold Toynbee, es un especialista en Filosofía de la Historia. Nació en Londres. Sostiene que una civilización decae como resultado a su impotencia de enfrentar los desafíos que se le presentan.

Comprendernos como minoría significa romper un paradigma, no somos ya una hegemonía religiosa: ¿riqueza?, ¿pobreza?, ¿desafío?, ¿o las tres a la vez? La minoría crea identidad y autenticidad. La Iglesia inició siendo minoría. A un cristianismo masificado y popular es indispensable una minoría creativa, que se distancia para volver con mayor fuerza y transmitirle con claridad su identidad y los retos a una cultura que se cree cristiana, pero que camina con pasos agigantados hacia una época poscristiana. En este sentido, la Iglesia como minoría creativa y desde la fe debe asumir su función en tres dimensiones: el diálogo intelectual, la educación y la caridad. Sin diálogo intelectual, sin una fe intelectual (no intelectualoide) no habrá búsqueda de la verdad, sin educación no habrá transmisión de valores y sin caridad no habrá identidad cristiana. En definitiva, según el papa Benedicto XVI, esto significa evangelizar la cultura⁵.

Fe y humanidad

La fe en ninguna instancia puede ir en contra de la naturaleza humana. La fe supone, no anula; perfecciona la naturaleza humana. La fe lleva al cultivo de la humanidad, y sin la fe quedamos abocados en un oscurecimiento de la humanidad. La fe, lejos de hacerle daño a la humanidad, aporta el sentido profundo de la vida, dado que Dios no es un enemigo del ser humano, al contrario, sin Dios el hombre se extravía. Cuando una sociedad rechaza o ataca a Dios tiene el peligro de volverse una dictadura, porque "donde estaba Dios ya no está hombre, sino una ideología" (Lucas, p. 12) que dicta sentencia sobre lo que es bueno y lo que es malo, se vuelve arbitraria y relativista. Por eso la medida de todas las cosas no es el hombre, sino Dios; la grandeza del ser humano está en su altísima vocación, la cual consiste en "poder entrar en íntima comunión con Dios" como bien lo expresa el mismo Concilio Vaticano II (GS n.19). En definitiva, la fe no es un obstáculo para la realización humana; sin ella, la sociedad decae.

Consideración final

La fe no puede ser estática ni ser expresión de un mero subjetivismo, exige la razón y la voluntad, es decir, implica el acto de fe y la aceptación de los contenidos de la fe; en estas dos realidades está la clave para una renovada evangelización. Son muchos los sectores de la sociedad que opinan de la fe, pero no reflexionan sobre el acto de fe, incluso se atreven a decir que la fe aliena,

⁵ Entrevista durante el viaje a Praga, 27 de septiembre de 2009.

debilita y frustra al ser humano, otros confundidos y obnubilados distorsionan la dinámica de la revelación de Dios, hasta llegar a construir un "dios" de acuerdo a los caprichos existenciales de cada generación, grupo o individuo que se autoproclama creyente. Cuando no hay madurez ni en el acto de fe, ni un conocimiento y aceptación real y decidida de los contenidos de la fe, es cuando se presentan las grandes rupturas: fe-vida, fe-razón, fe-cultura.

Es importante señalar también que la fe es la gran puerta que posibilita, mas no imposibilita, la realización del ser humano, además de que hace posible la construcción de una sociedad más humana y más civilizada. Sin la fe la sociedad estaría limitada, más aun reducida, dado que la fe inspira y eleva la vida del ser humano a su más grande esplendor: la expresión del espíritu.

La fe es puerta que abre infinitos horizontes en la gran casa que es la Iglesia, pero también es puerta que se abre a todos sin distinción, donde se puede ser buen, regular deficiente o manipulador huésped; por ello, la persona de fe constantemente tiene que estar reflexionando y revisando sobre el acto de fe y el contenido de la fe para mantenerse auténtica.

Referencias

- Benedicto XVI. (2005). *Carta encíclica Deus caritas est*. Bogotá: San Pablo.
- Benedicto XVI. (2008, 19 de abril). *Homilía en la catedral de San Patricio*. Nueva York. Recuperado de <http://www.vatican.va>
- Benedicto XVI. (2009). *Carta encíclica Caritas in veritate*. Santiago de Chile: San Pablo.
- Benedicto XVI. (2011). *Carta apostólica en forma de "Motu proprio" con la que se convoca el Año de la Fe, Porta Fidei*. Ciudad del Vaticano: San Pablo.
- Benedicto XVI. (2011, 23 de septiembre). *Celebración ecuménica*. Alemania.
- Benedicto XVI. (2011, 9 de Octubre). *Homilía Iglesia de la Cartuja de Serra San Bruno*. <http://www.vatican.va>
- Buber, Martin. (2003). *Eclipse de Dios: Estudios sobre las relaciones entre religión y filosofía*. Salamanca: Sígueme.
- Catecismo de la Iglesia Católica. (1992). Santo Domingo. Librería Juan Pablo II.
- Concilio Vaticano II. (2000). *Documentos completos*. Bogotá: San Pablo.

Fisichella, Rino. (2012). *La nueva evangelización*. Santander. Sal Terrae.

Juan Pablo II. (1982). *Discurso de inauguración del Consejo Pontificio para la Cultura*. Ciudad del Vaticano.

Juan Pablo II. (1988). *Carta encíclica Fides et Ratio*: San Pablo.

Lucas Lucas, Ramón. (1996). *El hombre: espíritu encarnado. Compendio de filosofía del hombre*. Madrid: Sociedad de Educación de Atenas.

Manual de Ateología: 16 personalidades colombianas explican por qué no creen en Dios. (2009). Bogotá: Tierra firme.

Múnera, Darío. (2005). *Doctrina y enseñanza de la Iglesia*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

Ortega y Gasset, José. (1934). El hombre y la gente. Alianza Editorial. *Revista de Occidente*. Madrid, Vol. 7.

Ortega y Gasset, José. (1933). En torno a Galileo. Alianza Editorial. *Revista de Occidente*. Madrid. Vol. 5.

Ospina, William. (2012, agosto). ¿Para qué la cultura en tiempos de penuria? *Alma Máter*. pp. 28-29.

Pablo VI. (1967). *Carta encíclica Populorum progressio*. Bogotá: San Pablo.

Pablo VI. (1975). *Anuncio del Evangelio*. Bogotá: San Pablo.